

Pueblo viejo

Por Jorge Luis Betancourt Herrera
(Colaborador)

“Fidel, Raúl, Camilo y el Che: ¡Caché, caché, tremendo caché!”. La pegajosa e inolvidable tonada la gritaban a los cuatro vientos los jóvenes del preuniversitario Arbelio Ramírez, de Ciudad Libertad, La Habana, en 1962.

A Camilo, el joven de carisma indiscutible, todos lo idolatraban sin conocerlo personalmente por su sonrisa casi perenne, sus hazañas en la Sierra Maestra y el llano, la invasión y la lucha en Las Villas y la toma de Yaguajay. El pueblo aprendió a quererlo de oído, porque era una voz estelar en las noches de *Radio Rebelde*.

Ahí están sus palabras cuando Fidel lo ascendió a Comandante: “No dejaría de ser fiel a su confianza”. O lo que respondió cuando le propusieron jugar en otro equipo: “Contra Fidel ni en la pelota”. Ese era Camilo Cienfuegos Gorriarán.

Se le conocía como El Señor de la Vanguardia, el Héroe de Yaguajay, el único que, con sus jaranas, vulneró el serio carácter del Che.

Sus “camiladas” de cubano “rellollo” le hicieron dueño de la simpatía de todos y de la confianza de Fidel: “¿Voy bien, Camilo?”. También a él llamó tarde en la noche del 20 de octubre de 1959, por la traición que se gestaba, y le orientó esperar a la madrugada para ir a Camagüey, pero él amaneció en la tierra agramontina.

En el cubil sorprendió al sedicioso, acostado, sacó papeles doblados de su camisa y los tiró sobre la cama. “Ahí tienes la respuesta de Fidel a tu renuncia”. Después de leer las notas, en silencio, dijo: “Comprendido”. Camilo le ordenó: “¡Vístete y vamos!”.

Ese día Fidel, ante el pueblo reunido frente a la comandancia, explicó el meollo del plan y Camilo condenó aquella acción. Por la noche, en el *Canal 11* de televisión, enfatizó: “Hombres puede

Camilo, estás presente



Detalle de la instantánea tomada al amanecer del 21 de octubre de 1959, cuando Camilo arribó al aeropuerto Ignacio Agramonte. Fotocopiada del libro de Jorge Luis Betancourt, *Victoria sobre una traición*, Casa Editora Abril, 2010.

haber traidores, pero pueblos no, y menos el de Camagüey”.

Cinco meses antes, el 1ro. de mayo de 1959, en el Casino Campestre, habló de la creación de las Milicias, y reclamó no olvidar a Alfredo Álva-

rez Mola, quien venía desde la Sierra en la invasión como guía, esfuerzo que le agotó, y hubo que dejarlo para que se recuperara en territorio de Najasa, pero fue delatado y asesinado.

El 28 de octubre, tras trabajar en los cambios de la jefatura militar de la provincia, ya en el aeropuerto de Camagüey, ante una pregunta del comandante Arsenio García Dávila esbozó una sonrisa traviesa: “Haré una escala en Varadero”.

El Cessna alzó vuelo y se perdió en el horizonte, con combustible suficiente para llegar a La Habana, y la amenaza de una tormenta, algo que sabía, pero su temeridad obvió. Luego, infructuosamente, se buscó por tierra y mar.

Nunca antes el pueblo de Cuba había sentido tanta tristeza y dolor, cuando Fidel anunció su pérdida insuperable, pero vio el futuro: “En el pueblo hay muchos Camilos”.

Hoy, 58 años después, Camilo, el Che, Fidel y otros combatientes ejemplares, acompañan a Raúl, y guían a nuestro pueblo hacia nuevas victorias en la edificación socialista, esta vez contra un imperio en una fase superior que insiste en dominar el universo y lograr un “pensamiento único”, apoyado en el elevado desarrollo científico-técnico.

A inicios de 1959, Fidel nos alertó que: “la verdadera Revolución mucho más difícil empieza ahora”. Por eso los cubanos debemos seguir luchando, con la herencia de rebeldía legada desde hace más de 525 años por nuestros aborígenes, y fraguada en la mezcla de hispanos, africanos, y mujeres y hombres de todo el mundo. En ese crisol se forjó nuestra cubanía e idiosincrasia, y los pensamientos de Fidel por la libertad plena.

Al lector

Por ser hoy el día que más nos duele por Camilo, *La Hendija* emprende el vuelo, también riesgoso, de la memoria. Para entender su pervivencia en el imaginario colectivo, acudimos a un periodista que lo vio, y a un joven colega que lo imagina. Además, apreciamos en detalle monumental una de las formas que ha buscado Camagüey para encontrarlo vivo.

Para curiosos

Evocación monumental

Justo un día como hoy, pero cuatro años atrás, se inauguró el conjunto escultórico a Camilo, en la rotonda donde confluyen la Avenida Finlay y la Circunvalación Norte, que da acceso al aeropuerto Ignacio Agramonte.

José Villa Soberón, Premio Nacional de Artes Plásticas 2008, concibió la obra por encargo de la Oficina del Historiador de la Ciudad de Camagüey (OHCC). Para hacerlo, contó con las horas extra de especialistas de la Empresa de Restauración y la Escuela de Oficios de la OHCC, el colectivo de la Planta Mecánica Ignacio Agramonte y entidades del Ministerio de la Construcción y del Azúcar.

En la pieza, de unos 12 metros de altura, se entrelazan estrellas de laminado de acero sobre un espejo de agua de 18 metros de diámetro, porque el agua simboliza la tradición del pueblo de entregarle flores cada 28 de octubre.

Se nombra En el pueblo hay muchos Camilos, frase del discurso del 12 de noviembre, cuando Fidel anunció la desaparición física del entonces jefe del Estado Mayor del Ejército Rebelde.

La expresión se lee en una de las estrellas, y se multiplica en las otras tres, en imágenes diferentes del rostro del Guerrillero del sombrero alón, quien el 28 de octubre concluyó su segunda visita aquí vinculada con la neutralización del movimiento sedicioso encabezado por Huber Matos, jefe militar de la provincia.

Aquel día, el Héroe de Yaguajay subió a una avioneta Cessna rumbo a la capital. Desde entonces, Camagüey no deja de mantenerlo vivo en la Escuela Vocacional Militar y en el aeropuerto, también en una tarja en el Casino, donde habló en el acto por el 1ro. de mayo de 1959.



Crónicas raras

Por Yang Fernández Madruga

Surge un nuevo octubre y por tercera vez asumo el reto de cincelar, en brevísimas líneas, la sonrisa de Camilo Cienfuegos. En apenas una cuartilla y media lo esculpo e imagino su cualidad de escapar de la muerte a su antojo y dejarnos mil rastros para pulir el alma. El polvo me amenaza los ojos, pero continúo porque entre las palabras encuentro mi tenue reflejo, mi instinto que sin pensarlo mira a sus pasos.

Entre los poros del material redescubro las viejas historias de mi abuelo cuando en la Escuela de Arte de San Alejandro coincidió con el Señor de la Vanguardia. Por aquellos años, lejos de tallar la dureza de un texto me dedicaba solo a la ingeniería para “mejorar” el rendimiento a mis carritos y practicar la ciencia forense a cada muñeco que me regalaban. Sin embargo, no olvidaré el olor a yeso y a óleos salidos de las memorias de Pipo, ni a aquel prometedor muchacho que, según contaba, pensaba el arte con la misma agilidad de sus manos.

Corre el sudor por mi frente y cada fragmento de roca se pega en la piel. De pronto, desaparecen las ideas, siento un vacío sobrecogedor al no poder construir un Camilo propio, como lo hizo Carlos Puebla en su canción inmortal. Luego, sopló las partículas de roca y vuelvo a intentarlo porque así lo aprendí de mi abuela materna, Irma, a quien bautizó la

vida naciendo el mismo día del hombre del sombrero alón.

Una mañana ella me levantó del piso con su mirada ciclónica y apartó los juguetes magullados por la pena capital. No soportaba que yo destruyera y para solucionarlo, introdujo un remedio infalible en mis horas de recreo: libros de aventuras. Apenas les hice caso, pues prefería escuchar sobre la llegada a nuestro país de sus parientes de las Islas Canarias y las peripecias del joven de barba tupida que luchó en “la Sierra”. Anécdotas como la toma de Yaguajay, las bromas a su amigo Ernesto y la ocasión en que dividió sus alimentos con un prisionero, fueron episodios importantes para imaginar sus dimensiones, para en el futuro querer abarcarlo con mis herramientas.

“Tu propia visión del mundo te enseñará en dónde puedes desbastar, ser preciso al plantear ideas, encontrar la esencia que persigues. Miguel Ángel Buonarroti decía que dentro de cada volumen hay una figura esperando por ti”, me aconsejó mi padre mientras observaba el rostro de Camilo en este trozo de hojalmármol a medio acabar. Él sabe de lo que habla porque es de quienes llevan al héroe consigo como una especie de amuleto. Lo conserva inmóvil en una revista *Bohemia* y en movimiento a través de sus palabras, entre la espontaneidad para elaborar un chiste y las metáforas, que sin darse cuenta, multiplican en mí su legado.

En un último esfuerzo recupero el aliento y acelero los golpeteos finales sobre el párrafo. Parece como si ya no faltara nada por hacer, pero miro desde todos los ángulos al hombre del pueblo y me percató de su calidad triunfadora.

Cualquier intento por atraparlo en un concepto, en un símbolo sobre la superficie del jade, el *ónix*, el cuarzo, o bajo las vetas de un simple escrito resultan vanos. En el espíritu nos acompaña su luz y cuando lo pensamos la desborda, como una cura contra aquellos que solo ven las sombras y afirman que los Camilos se han ido a bolina.

Para crear de corazón en Camilo se necesita escribirlo donde sea, cuando sea, como sea, todo con letras altas, como eterno verbo de acción, como altar de cordura. Debemos escribir a Camilo sin miedo, en tres y dos, aunque flaqueen las piernas, aunque castañeeen los dientes. Debemos escribir a Camilo con los ojos abiertos, con las manos crispadas, con el ceño fruncido, aun con el sueño torcido. Debemos escribir a Camilo sobre el papel, en los muros, en el cuerpo con un lápiz, con graffiti, con voluntades, con rocas en la espalda. Debemos escribir a Camilo aunque se apague el ánimo, aunque persistan los fantasmas, aunque de ello dependa la vida. Debemos escribir a Camilo porque él sin temor tomó las riendas del destino y escribió para nosotros una historia.